

POSEER EL LENGUAJE

JOSE M. AGUIRRE
ANTONIO PEREZ ESCLARIN

El vaciamiento de nuestro idioma es un problema acuciante. La televisión, los comics, los anuncios y los políticos desplazan y empobrecen los significados a la vez que reducen enormemente los signos y los esterotipan. Esta lengua flácida y desangelada resulta inservible para entablar comunicaciones cálidas y diferenciadas; de ahí la proliferación de las jergas, que por su condición de subproducto se quemán rápidamente. El resultado es que la ciudadanía integrada al sistema no domina ya un lenguaje suficientemente articulado. Claro está que esta condición balbuciente es signo de la falta de protagonismo histórico, pero a su vez tiende a perpetuarla.

No es un secreto que la educación formal, y señaladamente la del área del lenguaje, no sólo no contribuye a remediar esta situación sino que, tal como hoy se lleva a cabo, la agrava.

Por eso hemos querido presentar, sacándola de la discusión especializada, esta alternativa que nos ofrecen dos profesores con sensibilidad despierta y largos años de experimentación en estas materias. Tal vez su propuesta no sea aceptable en todos sus detalles. Sí es, sin duda, estimulante.

La hemos tomado de unos materiales que sobre "Revisión de Contenidos" acaba de publicar CERPE, y sirve de introducción a los programas alternativos que a modo de ejemplo sugieren. La revista Cuadernos de Educación que edita el Laboratorio Educativo viene mostrando un interés sostenido sobre estos enfoques. Su último número precisamente desarrolla una alternativa en la enseñanza de la historia. SIC piensa que estos problemas afectan seriamente al desarrollo sicosocial de nuestra población y por eso deben ofrecerse al debate público. (N. de la R.)

PROGRAMAS VERSUS OBJETIVOS

Todos los programas oficiales del área de Lenguaje resumen sus objetivos de este modo: "Capacitar al alumno para usar su lengua materna como instrumento eficaz de comunicación que le permita expresarse con propiedad y corrección, entender y valorar la expresión oral y escrita y estimular su capacidad creadora". Dicho más sencillamente, que los alumnos dominen su lengua en todas sus manifestaciones, es decir, sean capaces de hablar, escuchar, leer y escribir correcta, creativa y críticamente.

Sin embargo, pareciera que el cuerpo de los programas fuera en oposición radical a estos obvios y válidos objetivos, como si los autores estuvieran empeñados en impedir lo que previamente habían declarado. En efecto, basta hojear unas páginas para vernos envueltos en un gramaticismo cansón, fuera de la realidad y casi siempre estéril, como si ya se hubiera olvi-

dato que el lenguaje no es algo muerto, sino que es un medio de comunicación entre personas.

De ahí que no debamos sorprendernos (aunque nos quejemos de ello) de que los alumnos terminen bachillerato sin ha-



ber leído una novela, sean incapaces de redactar un párrafo con sentido y con una ortografía pasable, no sepan expresarse en público, y por supuesto tengan una imposibilidad casi visceral de dar una opinión personal y pensada sobre un problema, un suceso o una obra. Si el mal mayor de toda nuestra educación es el memorismo y la insistencia en cuestiones intrascendentes, aquí el mal cobra dimensiones más graves. El lenguaje, que debería ser un instrumento de liberación tanto personal como social, se torna en un medio de alienación, pues el alumno, mientras por un tiempo breve (para pasar el examen) recita lo que es una metáfora o metonimia, o echa de memoria las obras de Rómulo Gallegos, vive con un lenguaje ajeno, esloganizado, muerto, sin lograr descubrir y por supuesto actuar sus propias posibilidades. Por ello, nos parece inútil y totalmente absurdo el insistir durante horas y horas de clase, matando la vitalidad de algo tan



vivo como es una lengua y logrando que los alumnos detesten para siempre el castellano, en cuestiones tales como qué es un adverbio, oración bimembre, el qué galicado y otras por el estilo.

SABER UTILIZAR EL LENGUAJE

No podemos olvidar o ignorar que el lenguaje nunca es algo indiferente; y si siempre debería estar al servicio de los hombres y ser una posibilidad magnífica para su desarrollo y el de sus relaciones, de hecho muchas veces es un peligro y una amenaza constante contra ellos (el lenguaje de las propagandas, de la política, de las telenovelas, de las verdades absolutas e invariables, de las declaraciones y discursos, . . .).

Sólo siendo muy consciente de todo esto, el profesor dejará de concebir al lenguaje como algo cerrado e invariable, regido por normas fijas y abstractas y reglas gramaticales que deben ser aprendidas de memoria, e irá captando que lo importante no es que el alumno "sepa", sino que **sepa utilizar**. Los objetivos, en consecuencia, no deben ser informativos, sino **formativos**. De nada sirve, por poner unos ejemplos aclaratorios, que el alumno pueda localizar los verbos o adjetivos de un párrafo, si no es capaz de redactar un trozo con originalidad. Que sepa de memoria la definición de un adverbio si no sabe usar adecuadamente los adverbios en una composición. Que conozca y distinga los casos gramaticales si no sabe para qué le sirve este conocimiento. Que pueda evitar las faltas de ortografía en un dictado para entregar al profesor, si no le importa cometerlas a granel en sus apuntes o en otras materias. Que recite de memoria los títulos de todas las obras de García Márquez si no ha leído ninguna. Que sea capaz de repetir perfectamente los datos biográficos de Neruda y las cualidades de su poesía, si no ha leído y gustado sus obras, sólo siente gusto por lo sentimental y "culebresco", y no es capaz de expresarse en un lenguaje poético que no sea cursi y sensiblero.

Los ejemplos podrían multiplicarse. Repitamos una vez más: **No es necesario**

saber, sino saber utilizar. Conocimientos que no vayan a ser utilizados, se olvidan. En ese caso, es preferible no darlos o, por lo menos, no insistir demasiado teóricamente en ellos.

PUNTO DE PARTIDA

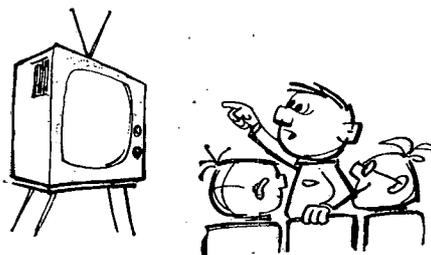
Si dejamos sentado que los objetivos del área de Lenguaje se pueden resumir en "lograr el desarrollo de un hombre plenamente poseedor de su lenguaje en todas sus dimensiones", parece claro que el profesor no debe sentirse atado por los contenidos programáticos, ya que los contenidos son sólo medios que deben subordinarse al logro de los objetivos. De ahí que el profesor deberá tener libertad de **sustituir** los contenidos indicados en el programa por otros, buscando aquellos que puedan ser percibidos por los alumnos como una oportunidad de satisfacer una necesidad vivamente sentida (y, por ello, el profesor con frecuencia deberá olvidar o prescindir de aquellos temas que a él personalmente le gustan más o que domina mejor). Esto no quiere decir que siempre el alumno deba percibir espontáneamente la relación que existe entre un contenido determinado y sus necesidades personales. Es, por ello, tarea del profesor encontrar el enfoque que lo haga asequible, interesante, indispensable. Sin embargo, parece evidente que, salvadas las excepciones de algunos verdaderamente universales, deberán ser preferidos obras y autores del mundo actual latinoamericano a otros considerados "clásicos" pero que difícilmente podrán ser integrados con propiedad en la realidad vital del alumno.

(En este sentido nos parece un error fundamental —y por desgracia muy común— el hecho de que algunos profesores se limitan en literatura a presentar casi exclusivamente las obras de la Antigüedad Griega y Romana o las de la Literatura Española, sobre todo del Siglo de Oro).

En la selección de los contenidos no puede tampoco perderse de vista, para partir de ella, **la situación real** de los alumnos (no la que el profesor supone o la que deberían tener ellos). Con frecuencia nos encontraremos (aun en los últimos años de bachillerato) alumnos que leen muy mal y no han leído prácticamente nada, que tienen aversión a esta área por considerarla "paja", que han desarrollado ya un pseudogusto por lo sensiblero, sentimentaloides, y que, influenciados por los medios de comunicación de masas, aceptan y proponen soluciones y valores falsos (sexo, violencia, dinero, . . .) en un lenguaje mentiroso y corrompido.

El aceptar este hecho nos impone que debemos partir de esta realidad, y desde la televisión, el cine, las canciones, el periódico, . . . tratar de ofrecer al alumno la ocasión de superar el mundo de estereotipos culturales y pseudovalores en que se halla sumergido. Nada logramos (tal vez sólo una actitud de rechazo) si, por ser demasiado ambiciosos o por ignorar la realidad de los alumnos, proponemos de entrada temas u obras que están fuera de su alcance o que chocan de frente con el mundo de sus valores. Ni qué decir que será totalmente inútil si el profesor busca ideologizarlos a base de sermones o discursos sobre los verdaderos valores que deben asumir. En consecuencia, los contenidos deberán **graduarse y complejizarse** partiendo siempre de la situación e intereses de los alumnos.

Está por demás decir que los contenidos de nuestra enseñanza deben ser **interdisciplinarios**, y que sería un error imperdonable analizar tan sólo los elementos puramente lingüísticos o literarios de una noticia, un cuento, una novela o un poema, pasando por alto su urdimbre geográfica, histórica, social, política y económica.





METODO

En cuanto al método a seguir, desechado definitivamente todo aprendizaje memorístico y abstracto, (en base a definiciones, obras y características), será válido aquél que, partiendo de una realidad concreta, promueve un análisis y crítica por parte de los alumnos, y culmina en una aplicación práctica. Por ejemplo, se lee un párrafo, un cuento, o un alumno cuenta un hecho que ha visto, o ha sucedido o ha inventado, se localiza la "idea núcleo" y se analiza su significado, se juzgan las implicaciones o causas expresas o insinuadas, los alumnos hacen una síntesis del hecho, tema o cuento, o narran con sus propias palabras el suceso, y desarrollan su propia creación que les ha podido sugerir el tema, un suceso o uno de los personajes. Por supuesto que es casi infinita la gama de posibilidades que se le abre al profesor y al alumno si se deciden por un método de este tipo. Puede ser útil también que sobre un mismo hecho los alumnos se ejerciten escribiendo o actuando en distintos géneros literarios (épica, narración, poema, sociodrama, noticia periodística, entrevista, mesa redonda. . .) para que en la práctica capten las diferencias y tengan recurso a los distintos modos de expresión.

Por supuesto que este mismo proceso práctico deberá servir para que los alumnos adquieran los objetivos de conocimiento que se juzguen importantes. Por ejemplo, leído un párrafo o un texto con metáforas o imágenes literarias, el profesor se esforzará por hacer captar a los

alumnos la belleza expresiva y literaria, y luego los motivará para que se lancen ellos a escribir literariamente creando sus propias metáforas o imágenes. Así se evitará el que el alumno meramente sepa de memoria la definición de metáfora y sea capaz de repetir los ejemplos (muchas veces, por otra parte, muy cursis y estereotipados, "el oro de tus cabellos", "la rosa de tus labios". . .) de los libros de texto o de la propia cosecha de profesor.

En breve, el método será malo si es el profesor el que hace el trabajo (resume la idea, muestra las cualidades literarias, cita ejemplos. . .) y el alumno meramente se reduce a repetir sus ideas o las del libro; será bueno si propicia la iniciativa y creatividad del alumno, pues es evidente que los intereses del profesor y los de los autores de los libros de texto pueden ser muy distintos a los de los alumnos, que no se puede ni debe imponer gustos u opiniones sobre los problemas que plantean una interpretación, y que las maneras de leer, escribir y expresarse no son únicas sino múltiples.

EVALUACION

Una última observación introductoria: Por supuesto que a la hora de evaluar, la evaluación tiene que ser fiel a los objetivos y metodología usados anteriormente. Es un error y una injusticia brutal que se hace a los alumnos el haber insistido durante todo el curso en que lo más importante era la creatividad y el sentido crítico, y, a la hora de la evaluación, hacerles responder un examen objetivo y memorístico sobre menudencias gramati-

cales, nombres de autores y obras o juicios sobre novelas que no han leído. Como norma general, los exámenes objetivos, si bien son un ahorro de tiempo para el profesor y más fáciles de corregir, deben ser absolutamente eliminados. La evaluación, más aún la evaluación final, deberá seguir fiel a los objetivos importantes que se han propuesto durante el año escolar. Un cuento, el desarrollo de un tema o un ensayo sobre un problema, un sociodrama, un diálogo con el profesor sobre las obras leídas durante el curso, pueden ser medios más apropiados y justos de la evaluación que el clásico y temido examen. Téngase cuidado también que, al mandar investigar un tema o hacer el juicio de una obra, la investigación no sea mera copia de enciclopedias o libros de texto o de juicios sacados de revistas literarias. Esto, aparte de ser totalmente inútil, pérdida de tiempo y "copiadera", castra la creatividad del alumno, le imposibilita para actuar sus propias cualidades y le acostumbra al facilismo y a la dependencia. En esto hay que ser drástico y claro. Una idea propia del alumno vale infinitamente más que la transcripción de una bellísima opinión de un crítico profesional. En esta misma línea nos parecen muy poco válidas y con frecuencia negativas las guías de análisis de una novela (especie de camisas de fuerza de la creatividad), a base de innumerables preguntas insulsas, que con frecuencia los profesores facilitan a los alumnos. En este sentido no es difícil encontrarse con trabajos de alumnos que dicen las perogrulladas que una novela tiene narración, descripción y diálogo, que está dividida en capítulos, y cosas por el estilo. Sí puede ser conveniente presentar unas ideas generales sobre cómo analizar una obra, pero insistiendo sobre todo en la propia opinión de los alumnos.

ETAPAS DEL PROCESO

En ningún momento el profesor de lenguaje puede olvidar que su tarea esencial es contribuir a la liberación personal, social y comunitaria de los alumnos capacitándolos a decir su palabra transformadora y oponiéndose a todos los empleos corruptores, falsos o impuestos del lenguaje.

Concebimos que todo el primer año debe girar en el dominio de la lengua, como herramienta de expresión. Por eso ponemos el énfasis en la palabra correctamente. Pensamos que en segundo año se debe insistir en la creatividad, y en tercero en la capacidad crítica. Cuarto y Quinto deben propiciar un acercamiento a los pueblos latinoamericanos a través de sus creaciones literarias, y una profundización y avance en los objetivos de los años anteriores, sobre todo en la creatividad y espíritu crítico.